

Hans Küng bajo los rayos vaticanos

UN gran novelista francés —André Gide— publicó hace años una novela con este título. Pero ahora podríamos usar esta denominación con toda razón, como símbolo para calificar lo que está ocurriendo en la Iglesia del triunfalista Juan Pablo II. Los rincones más oscuros del Vaticano están aflorando y envolviendo a esta Iglesia posconciliar que —por arte del líder máximo del catolicismo, el Papa Wojtyła— la está convirtiendo, paso a paso, en la Iglesia preconciliar.

El teólogo suizo-germano Hans Küng acaba de caer bajo los rayos vaticanos. Según el ex Santo Oficio no podrá ser considerado como teólogo católico, ya que sus enseñanzas no se acoplan a las del magisterio católico ordinario. Sin embargo, no hay que asustarse mucho: este gran pensador católico no ha podido ser condenado con anatemas ni excomuniones, a pesar de la enemiga vaticana a sus ideas porque le harían perder a la burocracia curialesca su hegemonía tiránica. Este Tribunal de la fe no ha cambiado sus procedimientos de fondo, aunque haya tenido que suavizar tanto su propio nombre, como sus palabras condenatorias: lo que antes era "anathema sit", ahora es una simple declaración. Sin embargo, ninguna de sus actuaciones, aunque sean más suaves, tienen la garantía de imparcialidad que se exige a cualquier Tribunal civil normal. Y el problema de este teólogo es de si podrá seguir con la cátedra de Teología católica de la Universidad de Tubinga.

Estos procesos son del más viejo estilo medieval y por eso el antiguo arzobispo de Bombay, monseñor Roberts, cuando fue una de sus víctimas hace pocos años, protestó públicamente. Y estuvo tentado de intentar un contra-proceso en Inglaterra, de acuerdo con las leyes civiles de este país, por la difamación eclesial que había sufrido, sin respetar la objetividad judicial mínima ni el buen nombre de quien incrimina. Ese Tribunal prohíbe la defensa pública del acusado, contra cualquier tribunal, por medianamente justo que éste sea.

Le tocó en estas semanas pasadas —como he comentado en TRIUNFO— al famoso dominico padre Schillebeeckx; pero a él se pueden sumar también una pléyade de pensadores católicos conocidos. Esta lista, desconocida en España, abarca a franceses, ingleses, norteamericanos, germanos y neerlandeses. Y tampoco nos hemos librado entre nosotros de las iras vaticanas —si bien no por medio del Santo Oficio—, como acaba de ocurrirle al apostólico obispo auxiliar de Madrid, monseñor Iniesta, que ha sido llamado a Roma por su superior vaticano, el cardenal Baggio, uno de los candidatos recientes al Papado, y que represen-

ta la más activa actitud conservadora, dependiente intelectualmente de la anacrónica teología escolástico-romana.

El caso más importante, entre toda esta nueva lista de perseguidos eclesialmente, ha sido el del dominico Jacques Pohier. Es un francés de cincuenta y tres años, decano de la más importante facultad teológica de Francia, la de Le Saulchoir, profesor de moral y especialista en psicoanálisis.

Hace poco escribió un profundo libro titulado "Cuando yo digo Dios". En él pretende revisar —a la luz de la cultura actual, y muy principalmente del psicoanálisis—



Hans Küng.

la fe del creyente en los principales dogmas que enseña el catolicismo. El resultado no se ha hecho esperar: el ex Santo Oficio le ha prohibido predicar (a un religioso cuya orden se titula precisamente de Predicadores), celebrar la eucaristía en público, y enseñar o escribir a menos que someta a una especial censura todo lo que diga o ponga por escrito.

A este teólogo no se le ha dejado siquiera ni explicarse. Se le ha conminado a someterse incondicionalmente, o a ser condenado públicamente. Se le acusa de nueve herejías, siete de las cuales no pueden ser ta-

les porque son acusaciones falsas o doctrinas discutidas libremente en el mundo católico actual, sin que la Santa Sede les haya prohibido hasta ahora. Su punto de vista más discutible es el relativo a la Resurrección de Jesús. Dogma difícil de comprender hoy por muchos hombres creyentes. Por eso los pensadores católicos se han esforzado por encontrar diversas explicaciones que hagan asequible a la cultura actual esa enseñanza del Nuevo Testamento.

La postura del padre Pohier en este punto es discutible, pero sirve de reflexión al simplismo demostado infantil con el que muchos católicos enfocan sus propias creencias. Para él lo importante no es saber si resucitó materialmente Jesucristo. Lo decisivo es el mensaje que trajo al mundo, acerca de quién era el Dios Amor del Evangelio, expresado en la Buena Noticia cristiana. Y opina que los primeros cristianos, contra lo que se ha dicho hasta ahora, se centraron en el mensaje religioso básico de quién era el Dios cristiano, más que saber los detalles acerca de la otra vida.

Observan algunas, además, que en este último año ha sido más dura Roma contra los progresistas que contra los integristas, al revés de lo que ocurría con Pablo VI. Monseñor Lefèvre campa por sus respetos, haciendo bandera de sus anacronismos ideológicos o prácticos; y, en cambio, ahora caen hombres tan apreciables como el colega de orden religiosa de este obispo conservador, el padre Legrain, porque ha defendido el derecho a interpretar el matrimonio según las culturas de cada país, de modo que el misionero católico no pretenda exigir, en un africano, por ejemplo, la concepción occidental del matrimonio para poder ser bautizado. O el jesuita padre Mac Neill, por su intento de dar sentido moral a nuevas costumbres sexuales responsables; igual que al sacerdote padre Curran, uno de los mejores profesores de ética que hay en USA. Y no se han librado de estas presiones obispos católicos, como el suizo monseñor Mäder, al que le exigen expulsar del sacerdocio al teólogo e historiador padre Hasler, por haber escrito un libro de historia crítica acerca de la infalibilidad. Este científico de la Historia ha encontrado una amplia confirmación a las teorías teológicas de Hans Küng, según las cuales la interpretación neoescolástica de la infalibilidad del Papa debe ser revisada, porque no tiene base en el pensamiento tradicional cristiano y aun católico. Lo cual no quiere decir que, al frente de la Iglesia, no exista un líder que sepa orientarla, pero sin ejercer sobre ella una verdadera y ciega tiranía intelectual.

En una palabra: un triste espectáculo que nos avergüenza a los católicos. ■